

LA SEÑA ÓRFICA EN LA POESÍA LÍRICA

Lubio Cardozo

Acompaña al ser de las cosas, además de su entidad intrínseca, la esencia poética o rostro: la presencia (la “parousía”), el misterio encantador del estar ahí; se las contempla, retan la mirada del ser humano, quien no conforme sólo con tenerlas quiere por sobre todo saberlas. Los anhelantes sonidos de su boca nunca alcanzan una reproducción exacta de ese reto. Esos sonidos en busca de una equivalencia, los vocablos, las palabras, crean las metáforas de las cosas con las cuales extraen no la verdad, sino la esencia poética de los entes, sin lugar a dudas su ser equivalente verosímil. Ahora bien, voces, palabras, en definitiva esa armónica sonoridad traduce la poesía de la presencia de las realidades imperfectas exiliadas de la idea de las mismas. En el mythos ese mundo del acontecer primigenio tuvo un intérprete cabal, el príncipe poeta Orfeo, quien buscó la verdad no por la obvia vía de la “*adaequatione et intellectus*”, sino por la musicalidad de las voces descifrantes del contorno; de la secreta naturaleza del embeleso del orbe circundante nace con él el *melosorphikós*, la ódica, el canto, la poesía lírica originaria, alimentada con la libertad de las intuiciones, de los sentimientos, de los impulsos, de los palpitos. Frente al orden lógico impuesto por el miedo proveniente de las instituciones del Estado (de los Gobiernos), la humanidad a lo largo de su pervivencia ha sabido burlarlo con la disimulada locura de su imaginación, del velado desorden para zurcir una brillante u oscura estela poética elaborada con el desbordado frenesí de las luchas sociales, con el estruendo del parir histórico. Nunca ocultaron su disentimiento los seguidores de Orfeo, los órficos, sino por el contrario trovaron los restos del naufragio de las realidades imperfectas, exaltan el exilio del principado de las Ideas cuyo retorno al Empíreo de las mismas lo entraña el disolverse en el abrazo de bienvenida de la tierra por la puerta de la muerte. En su pensar, la tierra consustanciaba la más perfecta de las imperfectas formas reminiscentes de los eidos. Para ellos la noche abismal jamás significaba la destrucción, por el contrario, la insoslayable travesía hacia la dádiva del retorno.

Por ese lúdico discurrir sobre la indefinida estancia del deceso hay en los órficos un libre nivel de santidad inmanente a la belleza poética en sí del poema lírico. Fusionada santidad con la música íntima (distinta de la sonora salida de la métrica de los versos), gloriosa,



esplendente. Revela ella una filtración por los intersticios de la anamnesis de la esencia de los eidos en la creación artística en cualesquiera de sus formas, una refulgencia del Empíreo de las *Ideas*, mas dicha presencia confirma la memoranza de nunca pertenecer, de la inalcanzable salvación. Rehuye la bienaventuranza el singular júbilo insuficiente del estar aquí en la superficie de la realidad verosímil. Para los órficos el asumir de modo auténtico el estar en la poesía implicaba, al alimón con los pitagóricos, aceptar la resurrección de los idos en la memoria de quienes perviven, para ello se precisaba limpiar el recuerdo de las máculas, arrojarlas a la hoguera del infierno, quedarían así prestas las losas de olímpico oro para los pasos del tránsito hacia la esperanza de la expiación. Adoptaron igualmente la apoloidad al entender al Dios Apolo, esencia del destino artístico de quienes lo asumían.

Rebeláronse los órficos contra el dogmatismo de las instituciones intelectuales y académicas del Estado, compilado en las rotuladas “poéticas”, herederas sin escrúpulos de la *Poética* de Aristóteles, obsesionadas por someter al orden social establecido la libertad de la creatividad poética cuando ésta reflejaba la franquía de existir, de pensar, de amar, de deambular, de la escogencia de sus Dioses; franquía inaceptable para la vigilada estratificación social del orden gubernamental, de la reglamentación autoritaria de cualquier entonces. Espejo de ese celar a los poetas por parte del poder se observa en la sutil exigencia de una lógica disposición escritural, rigurosa



en su reclamo de claridad donde *no* quepa la duda. Contra ello los órficos ostentaron su rebeldía, quiebran con frecuencia la sintaxis, desordenan la arquitectura del verso, de la estrofa, amigos del abuso del hipébaton, del enigma, de la temeridad metafórica. Ese fenómeno muy posteriormente Sigmund Freud lo percibe así: “el placer de disparatar”, ese goce hallado “en el atractivo de infringir las prohibiciones de la razón (...) para eludir el peso de la razón crítica”.¹ Traigo a colación este pensamiento de Martin Heidegger publicado en su cuaderno *Carta sobre el humanismo*, el cual dice: “Liberar al lenguaje de la gramática para ganar un orden esencial más originario es algo reservado al pensar y poetizar.”² Calza bien esta afirmación categórica de Heidegger con lo aseverado por Platón en su diálogo *Fedro*, puesto en la boca de Sócrates: “Pero todo el que intente acercarse al santuario de la poesía sin estar agitado por el delirio que viene de las Musas o que crea que el arte solo basta para hacerle poeta, estará muy distante de la perfección: y la poesía de los sabios se verá siempre eclipsada por los cantos que respiran un éxtasis divino.”³

Rasgo inherente a la creatividad artística del Hemisferio Occidental es el orfismo. Desde el mítico poeta, músico, príncipe Orfeo, su perfil a través de sus seguidores ha pervivido de manera continua, a veces explícitamente desafiante pero en otras por las vías subterráneas para su salvaguarda. Órficos fueron los pitagóricos (siglo V a. C.), perseguidos con encarnizamiento por los tiranos de las ciudades helénicas del sur de Italia —la Magna Grecia—, Siracusa, Agrigento, Naxos, Himera. En Roma, en el espacio republicano, halló el orfismo en el vate Gneo Nevio (siglo II a. C.) un valiente defensor de la libertad de la creación poética. El Senado Romano le vetó sus escritos por oscuros, saturnianos; respondió Nevio con su célebre verso “*libera lingua lo quemur*” (“Dejemos a la lengua hablar con libertad”); su digna actitud le valdrá aquel destierro donde

morirá. A lo largo de la Latinitas —Reinado, República, Imperio Romano— encontró la poesía órfica refugio sólo en el lenguaje de los augures, en los mentados libros sibilinos: textos proféticos atribuidos a la paciente labor escritural de las sacerdotisas de Apolo, distinguidas en la tradición grecolatina con el apelativo de Sibilas.

Tomaron necesariamente los videntes cantores del orfismo las veredas crepusculares —encubiertas, sigilosas— durante la Edad Media, como una suerte de esquivar la feroz persecución del dogmatismo religioso de aquellos tiempos; mas sus registros documentados harto interesantes resultan a la par hermosos, algunos han merecido la grandeza de la música sinfónica, como es el caso admirable de la composición para orquesta y coros de Carl Orff, su *Carmina Burana*.

Por la humana vía de la alta exigencia espiritual, en Occidente, casi mil quinientos años después de la Romanidad, se hace visible el orfismo en la poesía del norte de Europa en las últimas décadas del siglo XVIII y las dos primeras del XIX con la insurgencia romántica de la Alemania del *Sturm und Drang* (Tempestad y Furia), en los versos de los germánicos Christian Schubart (1739-1791), Jakob Reinheld Lenz (1751-1792), aupados y proveídos por el filósofo Johann Gottfried Herder (1744-1803). Aunque en verdad el perfil órfico del romanticismo europeo categóricamente lo representa la lírica de Inglaterra brotada al filo de 1800 en los airosos ritmos de las estrofas de las *Baladas líricas* de William Wordsworth (1770-1850) y de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). Sostiénese el episódico de este último en sus audaces poemas tejidos con el valiente albedrío de su decir: *La balada del viejo marinero* (1800), *El ruiseñor* (¿1800?).

Cubre magistralmente en Francia este horizonte literario durante la segunda mitad del siglo XIX Stéphane Mallarmé (1842-1898), cuya *poietiké* de alta excelencia la refrenda una extensa y dignísima obra; cual una manera de retar al

¹ Sigmund Freud, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, t. I, p. 1099.

² Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza, 2001, p. 12.

³ Platón, *Diálogos*, México, Porrúa, 1972, p. 636.

lector se le invita a leer el poema paradigma *Un coup de dés*. Pertenece a este gran momento de la literatura francesa Paul Valéry (1871-1945) en sus opúsculos *Charmes*, *Le cimentiere marin*, por mencionar los más conocidos. Debe incorporarse en este acá temporal de Francia el texto en prosa rítmica, en un sorprendente nivel de metódica concepción videncial, *Chante de Maldoror* (1859), de Isidoro Ducasse, Conde de Lautremont (Montevideo 1846-Paris 1870). Aparecen en el siglo XX algunas tendencias penumbrosamente consustanciadas de orfismo, aunque con apelativos impuestos por razones de contemporaneidad: el impulso literario Dadá fundado en 1919, con su exponente más significativo, el poeta francés nacido en Rumania, Tristán Tzará; y el movimiento artístico del surrealismo de 1924, con su poeta consolidador de esa corriente intelectual, André Breton.

En Venezuela, en el siglo XIX el orfismo se manifiesta en dos poetas románticos: José Ramón Yepes (Maracaibo, 1822-1861), en su poema sustantivo *La media noche a la claridad de la luna* (de su libro *Poesías*, Maracaibo, 1882); y Abigail Lozano (Valencia 1823-Nueva York, 1866): su poema representativo *A la noche* (de *Poesías escogidas*, Caracas, 1954). Y en el siglo XX tenemos a Juan Beroes (San Cristóbal, 1914-Caracas 1975): su poemario insignia del orfismo sin lugar a dudas es *Prisión terrena* (Caracas, Suma, 1946; recogido en sus *Poesías completas*, San Cristóbal, BATT, 1997). En Alfredo Silva Estrada (Caracas, 1933-2009) se señala entre sus poemarios *Acercamientos* (Caracas, Monte Ávila, 1969). Y Rosalina García (Humocaro Alto, estado Lara, 1946) destacaría entre su obra lírica *De íntima brasa* (Caracas, 1987).

De Juan Beroes veamos su poema “I” del mencionado opúsculo *Prisión terrena*:

Oh sueño: desnúdame en tus brazos multiformes
bajo esta abierta noche construida de mis ojos
y elévame a tu llama, viva llama en silencio
¡quemadora tristeza reclinada en los mundos!

Mi soledad te alcanza, vaporosa mentira,
curva que te desvistes ya madura en mi frente.
¡Tierra de libertades, arena de los hombres,
memoria de la noche rediviva en mi cuerpo!

Sueño, nocturno sueño: abrasador diamante
gota a gota caído del valle de la sangre,
del aire en donde habitan las plumas de la imagen
y las últimas gracias que edifica la muerte.

Mis lutos te perciben mensajero del llanto
hoy, que tornas de lejos como grave torrente;
mi arcilla dolorosa ya presente que vuelves
a sus yermos recodos como angélica llama.



Juan Beroes

¿Qué mundos, qué distancias apresuran tu paso
hacia mis duros huesos sembrados en el barro?
¿Qué mano te despierta y amorosa te guarda
entre mis vivos ojos, hermanos de mi sangre?

¿No es tu pecho de sombra —sombra limpia y
hermosa—
quien abierto en los aires se reparte doliente?
¿No eres tú quien libertas las formas de la nada
y amoroso las bañas de inefable substancia?

Yo escucho tu silencio que baja paso a paso
hasta tocar la orilla que mi carne levanta
¡carne de juventudes, columna arrebatada,
espiga que construye su mundo indescifrable!

Ya mis huesos me anuncian tu pecho y tu cintura,
tu tallo edificado por dedos invisibles.
Prisionero, mis ojos te retienen ¡oh sueño!
¡Oh, vida de otros seres que en mi carne ya viven!

Yo espero que dividas mis órganos ligeros
con tu ramo fecundo de eternals espadas
¡y que cruces la sombra de mi noche terrestre
con tu paso y tu arcilla de invisibles presencias!

Y así, cuando reclina ¡oh niño poderoso!
mis sienes desvestidas en tu pecho celeste
¡permite que mi sangre sea la sangre del mundo
y mis manos toquen las manos de los hombres! ❧

Lubio Cardozo (Caracas, 1938). Poeta, ensayista, investigador y crítico literario venezolano. Licenciado en Letras en la Universidad Central de Venezuela. Postgrado en Investigación Documental en la Escuela de Documentalistas de Madrid. Profesor Titular Jubilado de la Universidad de Los Andes. Ha publicado más de 30 títulos, entre los cuales cabe citar: *Desde la torre de Segismundo* (2007); *Formas estructurales del poema lírico (musicalidad, tropos, figuras)* (2003); *Paseo por el bosque de la palabra encantada* (1997); *Antología de la poesía venezolana escrita en la Guerra de Independencia* (1994); y *La poesía lírica venezolana en el siglo XIX* (1992).